

EL FRENTE NACIONAL: UNA HISTORIA DE ENEMISTAD SOCIAL*

Mauricio Archila Neira
Departamento de Historia
Universidad Nacional de Colombia
Investigador CINEP

“Ante el desasosiego que la república padece por las secuelas de la dictadura y la persistencia de los males apuntados, tiene que ser recibida con entusiasmo y júbilo la enunciación de un sistema que restablecerá inmediatamente el predominio de la Constitución... Quedará eliminado el motivo cardinal de la agitación partidista; desaparecerá el temor a un desastroso vencimiento de un partido, oprimido por el otro ... el entendimiento de los buenos hijos del país para laborar por la grandeza pública será una consecuencia obligada del nuevo planteamiento de la vida política. Semejante horizonte de justicia, de ecuanimidad, de sosiego que reemplace prontamente la acerbia (sic) pasional y la arbitrariedad abusiva que han venido imperando, no pueden dejar de conmover las buenas voluntades de los ciudadanos patriotas hasta convertirlos en eficaces servidores de una política de generosa concordia.”¹

“Hoy tenemos la lucha de clases más que la lucha de los partidos. Por eso, se dividen (los bandos) entre quienes quieren acabar el sistema y quienes quieren preservarlo. Entonces, el tema de cómo hacer la paz entre liberales y conservadores, no tiene ya actualidad, sino cómo ventilar el debate entre los amigos del statu quo y quienes aspiran a un orden distinto.”²

¹ Apartes finales de la Declaración de Laureano Gómez y Alberto Lleras firmada en Sitges, 20 de julio de 1957, que daba origen al Frente Nacional.

² Alfonso López M. en entrevista a la *Revista Causa Común*, No. 1, abril-mayo de 1977, pág. 19, citada por Jonathan Hartlyn, *La política del régimen de coalición*. Bogotá: Tercer Mundo y Ed. Uniandes, 1993, pág. 251.

El régimen de coalición bipartidista que gobernó a Colombia entre 1958 y 1974 tuvo el mérito de atenuar la confrontación por colores políticos pero ahondó la brecha social que produjo nuevas enemistades en el país.³ El contraste entre las anteriores apreciaciones de personajes claves en la historia contemporánea nacional así lo indica. A lo largo del Frente Nacional diversos actores sociales también fueron percibiendo dicha transformación y sacando sus propias conclusiones para la acción concreta. Algunos de ellos en forma muy temprana.

Los estudiantes quienes habían sido definitivos en la caída de Rojas Pinilla, encontraron que la luna de miel con el régimen de coalición se acababa pronto. A un mes de inaugurado el gobierno de Alberto Lleras, denunciaron la norteamericanización de la Universidad Nacional y el aumento del canon de arrendamiento en las residencias. El periodista de la revista *Semana* que cubría la temprana protesta señaló en forma profética que “había comenzado a agitarse no sólo el hasta ese momento tranquilo remanso de la ciudad blanca sino también el calmado mar del Frente Nacional.”⁴ En mayo de 1961 los universitarios criticaron el descuido oficial ante la universidad pública y comentaron con amargura: “para este gobierno los estudiantes eramos héroes cuando se trató de tumbar a la dictadura... y hoy cuando luchamos por nuestros derechos, por nuestra universidad atacada y por el pueblo, se nos llama subversivos y se nos califica de agitadores.”⁵ Un año después, como símbolo de su rebeldía, derribaron la estatua de Miguel Antonio Caro que vigilaba los predios universitarios.⁶

Los obreros petroleros, por su parte, reunidos en Barrancabermeja en enero de 1959, afirmaron que, “aspiran a que el Frente Nacional no destierre simplemente el sectarismo político, sino también el “sectarismo clasista” que recurre a señalar como enemigo del Frente Nacional todo movimiento

³ El filósofo mexicano Enrique Serrano Gómez, en su lectura de Karl Schmitt, distingue entre ENEMIGOS ABSOLUTOS —a quienes se les niega todo valor moral ya que trasgreden principios particulares— y JUSTOS —a quienes se les reconoce como otro distinto pero con derechos iguales. (Véase “Las figuras del ‘otro’ en la dinámica política”, *Cultura y Trabajo*, Medellín, No. 42, mayo de 1997, págs. 31-39.) Según estas definiciones, el Frente Nacional habría logrado superar la enemistad absoluta partidista, pero generó otra de carácter social que distó de ser ‘justa’. Así al menos lo asumieron los principales actores del régimen bipartidista.

⁴ *Semana*, 25 de septiembre de 1958, pág. 16.

⁵ *Nueva Prensa*, 31 de mayo de 1961, pág. 19.

⁶ Testimonio de Víctor Daniel Bonilla en la revista *Flash*, 15-30 de abril de 1971, pág. 26. El habla de una acción similar con la estatua del General Santander en 1963, hecho que anticipa el cambio de nombre de la plaza central por plaza Ché como se le conoce hoy.

⁷ *Semana*, 27 de enero de 1959, pág. 30.

reivindicatorio del obrerismo.”⁷ El denunciado ‘sectarismo clasista’ puede conducir a las autoridades del régimen de coalición a condenar formas de protesta que le dieron origen. Así parece confirmarlo el ministro de gobierno a principios de 1963: “Me parece alarmante que el paro cívico, que fue una institución creada para celebrar todos aquellos grandes acontecimientos que le abrían caminos de esperanza a la nación, se haya convertido en los últimos años en un serio factor de intranquilidad para la república.”⁸

Estos testimonios ilustran una historia de creciente enemistad entre Estado y sistema político, de una parte, y actores sociales de otra. Aunque el fenómeno no era nuevo en nuestra historia, sí aparece en forma dramática en los años del Frente Nacional, precisamente cuando el país soñaba con desterrar los odios pasionales que alimentaron la Violencia. La brecha social no fue invención del régimen de coalición, pero éste no hizo mucho para disminuirla.

Pero en la enemistad como en el amor se necesitan por lo menos dos y no surgen de un momento a otro, sino que se van construyendo poco a poco. Si el Estado y los partidos políticos tradicionales fueron responsables de la ampliación de las exclusiones políticas y sociales, y por ende de la paulatina transformación de los actores sociales en enemigos, estos a su vez contribuyeron a aumentar las distancias fomentando las formas de autoexclusión. Ese es el meollo de la historia que queremos contar en estas páginas.

Antes de dar paso a la narración conviene presentar en forma breve las categorías de análisis utilizadas a lo largo de la investigación sobre la que se basa este artículo.⁹ Aunque la literatura teórica ha acumulado el concepto de *movimientos sociales*, por su precaria existencia en nuestro medio para los años estudiados hemos preferido utilizar la categoría *protesta social*, que es una de las tantas formas de hacerlos visibles. Por ella entendemos toda acción social colectiva que expresa intencionalmente demandas y/o presiona por el logro de soluciones al Estado -en sus diversos niveles- o a otros miembros de la sociedad civil. Como modalidades de protesta consideramos los paros (incluidas las huelgas sindicales), amenazas de paros (sólo en el caso de las luchas cívicas), movilizaciones pacíficas, tomas de instalaciones, protestas violentas (asonadas, pedreas o levantamientos populares con excepción de las acciones armadas), e invasiones de tierras urbanas o rurales. Los sectores sociales sobre los cuales encontramos indicios de esas

⁸ Declaraciones de Eduardo Uribe Botero a *El Tiempo*, 23 de febrero de 1963, pág. 1

⁹ Para una ampliación de los conceptos aquí señalados y de los aspectos metodológicos de la investigación realizada véase mi reciente artículo “Estado y Protesta Social durante el Frente Nacional”, *Controversia*, No 170, mayo de 1997.

acciones colectivas fueron el laboral, campesino, estudiantil, el llamado cívico, los grupos empresariales (pequeños y grandes como el transportador), los indígenas y las mujeres, aunque estos dos últimos con poca visibilidad para el período analizado.

A continuación haremos una reconstrucción muy general de las principales tendencias de las protestas sociales durante el Frente Nacional para luego, en tres apartes, profundizar en el problema que nos inquieta: la creciente distancia entre el régimen de coalición y los actores sociales.

1. Panorama de la agitación social entre 1958 y 1974

Aunque no se percibe un ciclo anual en las protestas sociales durante el Frente Nacional, sorprenden las reiteraciones de ciertas situaciones. Muchos años, en especial durante los dos primeros gobiernos, solían iniciarse con la agitación de diversas capas populares contra el alza de transportes, a su vez presionada por el aumento de combustibles aprobada con anterioridad por el gobierno. El liderazgo de estas jornadas fue variado pero sobresalía la presencia estudiantil aunque para el éxito de las protestas era crucial el apoyo de las centrales sindicales. Los gobiernos de turno respondieron combinando medidas represivas con aumentos en el salario mínimo y/o en el subsidio a los transportadores cuando no postergaba el incremento de los combustibles.

Estas protestas iniciales eran acompañadas por la discusión de pliegos sindicales, algunos rezagados del año anterior. Hacia la mitad el primer semestre se agitaban las universidades o algunos colegios de secundaria, por lo común públicos. Los motivos eran académicos en general pero desataban una espiral en la que se intercalaban protesta y represión hasta culminar en el cierre del establecimiento educativo. Los choques eran más intensos en vísperas electorales, en especial hacia el final de los sesenta y principios de los setenta. El semestre terminaba, por tanto, en aparente calma, la cual se rompía de nuevo al promediar el otro período lectivo. En vacaciones escolares, a mitad y a fines de año, volvían a sobresalir las luchas cívicas y laborales, que fueron las más constantes aunque no las más radicales. Desde el 71 el sector campesino también 'mojará' prensa al desatar varias ofensivas para recuperar la tierra. Tampoco es extraño encontrar al final del año a los transportadores ejerciendo presión para lograr mejores tarifas en el inmediato futuro.

En el Cuadro 1 resumimos la información recopilada en torno a las modalidades de protesta en el período estudiado. Las cifras arrojan una suma de 3031, con un promedio de 178 por año, algo así como una protesta cada dos días. Sobresalen los paros en el conjunto de las luchas, con una proporción

Protesta social por modalidades, 1958-1974

AÑOS	Paros	Paros con Tomas	Amenaza Paro	Movilización	Invasión	Protesta violenta	Toma	TOTAL
1958	38	-	2	2	4	-	-	46
1959	72	-	2	21	26	12	-	133
1960	69	-	1	11	11	2	-	94
1961	71	-	6	7	32	3	-	119
1962	85	1	10	8	7	5	-	116
1963	122	-	5	9	4	9	-	149
1964	122	2	8	15	10	6	-	163
1965	128	2	9	9	5	11	-	164
1966	142	3	17	15	8	13	-	198
1967	91	-	11	23	6	4	-	135
1968	83	3	7	12	9	5	-	119
1969	118	4	27	24	17	20	2	212
1970	119	-	6	15	26	11	-	177
1971	106	8	6	15	384	19	1	539
1972	125	1	5	11	37	16	1	196
1973	92	1	14	20	24	25	-	176
1974	138	6	10	37	71	28	5	295
TOTAL	1721	31	146	254	681	189	9	3031

Fuentes: Bases de datos de Mauricio Archila (para todos los conflictos salvo huelgas) y Alvaro Delgado (para huelgas).

Cuadro 2
Protestas sociales por sectores, 1958-1974

AÑOS	Laboral	Cívico	Campesino	Estudiantil	Indígena	Empresarios	Mujeres	TOTAL
1958	16	10	4	13	-	3	-	46
1959	52	38	22	19	-	-	2	133
1960	44	21	8	20	-	1	-	94
1961	46	39	14	17	-	3	-	119
1962	48	27	4	22	-	15	-	116
1963	78	28	6	29	-	8	-	149
1964	91	30	4	33	-	5	-	163
1965	93	39	1	28	-	3	-	164
1966	115	39	6	36	-	2	-	198
1967	71	33	8	16	-	5	1	135
1968	48	17	6	40	-	8	-	119
1969	59	68	12	63	1	8	1	212
1970	67	28	24	49	1	8	-	177
1971	48	49	366	65	2	8	-	539
1972	76	33	31	52	1	3	-	196
1973	62	44	20	33	4	11	2	176
1974	105	78	52	40	3	16	1	295
TOTAL	1119	621	588	577	12	107	7	3031

Fuentes: Bases de datos de Mauricio Archila y Alvaro Delgado.

mayor a la mitad, y dentro de ellos las huelgas laborales que fueron 1082, el 36% de las protestas.¹⁰

El mismo cuadro muestra además una trayectoria ascendente de las protestas sociales llegando a su máximo punto en 1971, año especial por el gran número de invasiones a predios rurales. Hay además un contraste marcado entre el primer gobierno del Frente Nacional y el último, no así entre los intermedios. Lo anterior ilustra la creciente enemistad a la que se ha aludido antes y el desgaste del régimen de coalición. A pesar de esta constatación, no se pueden extraer conclusiones tajantes en torno a una supuesta relación entre el gobernante de turno y la agitación social, máxime en un momento de acuerdo bipartidista. La mirada por sectores sociales en el siguiente Cuadro puede arrojar mayores precisiones.

El sector laboral no sólo es el de mayor peso sino el más regular. Por doce años, entre 1957 y 1969, marcó la trayectoria del conjunto de protestas. A partir de allí su peso decreció dando lugar a nuevos protagonismos. Hay dos ciclos marcados en su acción, 1963-1966 y 1972-74 (éste se prolongaría hasta 1977), que dependen más de factores económicos tales como la recesión de mediados de los sesenta y el descenso en los salarios reales durante los setenta, que estrictamente políticos, aunque estos últimos factores no se excluyen. Es claro que el prestigio de Alberto Lleras y las esperanzas que abrió el régimen de coalición, así como el reformismo de Lleras Restrepo obraron en la disminución de la conflictividad obrera en sus respectivos gobiernos. En el mundo laboral, por tanto, sí tuvieron mayor peso las variables políticas lo que no se puede generalizar para los otros movimientos sociales.

Los sectores sindicales que más acudieron a la huelga fueron aquellos que la tenían prohibida: magisterio, sector salud y bancarios. Es decir los considerados de 'servicio público', categoría que se amplió a lo largo del Frente Nacional al incluir sectores del capital privado. El tradicional protagonismo de los trabajadores del transporte disminuye ostensiblemente en estos años, no así el de la industria manufacturera.¹¹ En términos de orientación política los sectores más conflictivos fueron influidos por la izquierda, la CSTC (Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia) y los no confederados. Todo ello sugiere una creciente desinstitucionalización del movimiento laboral, aunque

¹⁰ Para las cifras laborales nos apoyamos en las bases de datos elaboradas por Alvaro Delgado (véase Mauricio Archila y Alvaro Delgado *¿Dónde está la clase obrera?*. Bogotá: Cinep, 1995).

¹¹ Para una comparación histórica véanse mis anteriores publicaciones: *Cultura e Identidad Obrera: Colombia 1910-1945*. Bogotá: Cinep, 1991 y "Protestas sociales en Colombia, 1946-1958", *Historia Crítica*, No. 11, julio-diciembre de 1995, págs. 63-78.

no necesariamente ello significa un desafío radical al sistema vigente. El bajo número de conflictos, en términos comparativos con otros países latinoamericanos, y la trayectoria del movimiento sindical de esos años centrada en demandas económicas, muestra una clase obrera constante pero débil en su actividad reivindicativa.¹²

La lucha campesina muestra dos puntos de agitación: 1959-1961 y de 1969 en adelante, ambos relacionados con las políticas agrarias del régimen. En el primer caso fueron conflictos en zonas de reciente violencia con el fin de presionar la expedición de una ley de reforma agraria como en efecto sucedió en 1961. El otro momento tuvo que ver con la creación, por parte del gobierno de Carlos Lleras, de la organización campesina ANUC (Asociación Nacional de Usuarios Campesinos) para presionar la implementación de dicha reforma agraria. El ímpetu campesino se derbordó en 1971 cuando hubo más de 350 invasiones según nuestros cálculos.¹³ Al año siguiente el reformismo agrario perdió terreno con el Pacto de Chicoral. Este factor junto con las tensiones internas fruto de la heterogeneidad social del campesinado y el vanguardismo de izquierda explican el reflujo de la protesta agraria. En todo caso la ANUC fue la mayor organización de trabajadores rurales en nuestra historia.¹⁴

Los movimientos estudiantiles mostraron una rápida radicalización como se ha visto, tanto que fueron los que más desafíos explícitos colocaron al Frente Nacional. Contaron con organizaciones nacionales: UNEC (Unión Nacional de Estudiantes Colombianos) primero y luego, hasta 1966, la FUN (Federación Universitaria Nacional). A partir de ese momento no habrá organización gremial de envergadura y serán los partidos de izquierda o sus filiales juveniles los voceros del movimiento estudiantil. Los dos momentos más álgidos de las luchas estudiantiles (1964-66 y 1969-72) estuvieron acompañados de paralizaciones de carácter nacional que provocaron una fuerte reacción estatal hasta declarar el Estado de Sitio por ese motivo. Las demandas estudiantiles fueron en su orden: presupuesto, autoridades competentes, autonomía (en especial en torno a los órganos de dirección) y solidaridad con otras protestas estudiantiles y populares. En el último aspecto no siempre hubo la convergencia popular anhelada pues como lo señaló un analista del tema en 1970: "...el

¹² La ilustración de esta hipótesis está en Mauricio Archila, "Estado y protesta social", véase nota 32.

¹³ León Zamosc (*Los usuarios campesinos y la lucha por la tierra en los años setenta*. Bogotá: Cinep, 1985, pág. 53) cuenta 645 invasiones ese año. Aunque diferimos en cifras, la tendencia es similar en ambas bases de datos.

¹⁴ Según el mismo Zamosc dicha organización recogió más del 40% de la Población Económicamente Activa (PEA) agrícola (ibid, pág. 32).

pueblo acompañó al movimiento estudiantil en su lucha antiimperialista pero no en sus tesis abstencionistas.”¹⁵

Los sectores agrupados en la categoría ‘cívicos’ muestran, por su parte, una constante en su actividad reivindicativa con dos picos en 1969 y 1974. En el primer pico la flamante reforma constitucional y administrativa del año anterior puede explicar la movilización popular para conseguir recursos locales o regionales. En el segundo pico la causa pudo ser el desmonte del Frente Nacional y las expectativas abiertas por el gobierno de López Michelsen. En todo caso la mayoría de las protestas cívicas durante esos años giró en torno a los servicios públicos --en especial energía eléctrica y agua--, obras públicas --vías terrestres, aeropuertos, adecuación de puertos--, cambios de autoridades locales y mejoras en la educación. La conducción de estas luchas fue heterogénea y no hay evidencias, como lo sugerían los primeros estudios sobre paros cívicos, de una vanguardia sindical.¹⁶

En términos regionales el mayor número de conflictos se adelantó en los departamentos de la Costa Atlántica. Excluyendo las huelgas --que tienen una dinámica regional especial pues se concentran en las zonas más desarrolladas--, 653 protestas se dieron en esa región, algo más del 30% del total. Le siguen de lejos, con casi el 15% de las protestas respectivamente, la zona centro-oriente --es decir Cundinamarca, incluida Bogotá, y Boyacá-- y la Pacífica --los departamentos que dan al Océano Pacífico. En las zonas cafetera de Antioquia y el antiguo Caldas, así como en los Santanderes, el estallido de conflictos sociales en esa época fue menor (11% y 4.5%), proporción llamativa si se compara con la mayor población que concentran (22% y 8% respectivamente). Estas cifras podrían apoyar la extendida hipótesis según la cual el desarrollo desigual regional y la precaria presencia estatal son la principal causa de movilización social.¹⁷ Sin embargo, las cosas son más complejas.

En términos conflictos sociales por capitales, Bogotá sobresale concentrando algo más del 10% del total, sin huelgas. Le siguen Barranquilla

¹⁵ Jaime Caicedo “Movimiento juvenil, movimiento estudiantil y unidad popular”, *Documentos Políticos*, No. 91, enero-febrero 1971, pág. 9. El mismo Caicedo en entrevista realizada en diciembre de 1996 sostuvo que en los años setenta hubo más relación entre movimiento estudiantil y popular lo que, a sus ojos, se reflejó en una creciente lucha popular al menos hasta el paro cívico del 77.

¹⁶ Nos referimos al artículo de Medófilo Medina, “Los paros cívicos en Colombia, 1957-1977”, *Estudios Marxistas*, No. 14, 1977, págs. 9-13, y al libro de Jaime Carrillo, *Los paros cívicos en Colombia*. Bogotá: Oveja Negra, 1981.

¹⁷ Hipótesis común en los años setenta, planteada por Pedro Santana, *Desarrollo regional y paros cívicos en Colombia*. (CONTROVERSIA Nos. 106-107). Bogotá: Cinep, 1983.

y casi empatadas Cali y Medellín. Si se toman sólo las huelgas laborales, la participación de estas ciudades y sus departamentos aumenta sustancialmente. En los cuatro departamentos se llevaron a cabo el 52% de los paros laborales mientras en las cuatro ciudades el 32%.¹⁸ Ello es consistente no sólo con el mayor desarrollo de estas zonas sino con la concentración organizativa que demuestran. Por tanto no siempre el menor desarrollo o la ausencia del Estado explican las movilizaciones populares. En algunos casos (campesinos, algunos cívicos e incluso de transportadores) puede ser esa la causa, en otros ciertamente no lo es (en el laboral, por ejemplo), y en otros puede ser la apertura de fuentes económicas o la reciente presencia estatal lo que moviliza a la gente. La clave de explicación radica en el minucioso estudio de los casos, tal como lo hace Clara Inés García para cuatro subregiones antioqueñas.¹⁹

Pero resulta que no todas las protestas sociales durante el Frente Nacional fueron motivadas por razones materiales. Ya se veía el caso estudiantil en donde, aparte de lo presupuestal, se luchó por defender la autonomía universitaria o incluso como muestra de solidaridad. Las escasas protestas de mujeres irían en una dirección similar. Aunque poco figuraron con demandas explícitas de género, ellas no estuvieron ausentes de las luchas populares de esos años. En cuanto a los indígenas, especialmente en el Cauca desde los setenta, las demandas por tierra siempre estuvieron matizadas por la reivindicación étnica no sólo por tratarse de viejos resguardos, sino por incluir exigencias de cultura y educación propias. Incluso la conquista de una identidad específica no estuvo exenta de conflictos con la ANUC.²⁰

Este fue, a grandes rasgos, el panorama de las protestas sociales durante el Frente Nacional. Como se percibe claramente en las páginas anteriores, no existió la pretendida homogeneidad de un campo popular, por el contrario lo que predominó fueron trayectorias divergentes con momentos de coincidencia coyuntural. La heterogeneidad también se manifestó dentro de los mismos sectores, incluido el laboral, donde los empleados o trabajadores de 'cuello blanco' arrebataron el protagonismo a los tradicionales obreros. La supuesta vanguardia obrera tampoco se pudo constatar empíricamente, aunque hubo un protagonismo sindical hasta fines de los sesenta. Así estas aseveraciones hoy digan poco, en esa época eran duramente rebatidas por el paradigma ideológico

¹⁸ Para esta parte nos apoyamos en la reciente investigación de Alvaro Delgado para Planeación Nacional, "Conflicto laboral y región en Colombia" (inédito).

¹⁹ "Movimientos cívicos y regiones", Informe de Investigación, INER, 1995.

²⁰ Véase a modo de ilustración Christian Gross, *Colombia indígena*. Bogotá: CEREC, 1991 y del CRIC (Consejo Regional Indígena del Cauca), *Diez años de lucha: Historia y documentos*. (CONTROVERSIA Nos. 91-92). Bogotá: Cinep, 1981.

que imperaba en los análisis sociales. Frases como “la clase obrera, al liberarse, libera al resto de la población...”²¹ que tenían plena acogida en los sesenta hoy suenan distantes. La imagen de un campo popular cohesionado y dirigido por el proletariado, que enfrentaba a otro bando también unificado --el Estado y el sistema-- fue una de las formas como se alimentó la enemistad durante el Frente Nacional desde los actores sociales. Pero la realidad distaba de ese imaginario. Es hora de enfrentar este complejo problema.

2. ¿Descuido social?

Lo ocurrido durante el Frente Nacional fue resultado de tendencias estructurales de la sociedad colombiana así como de opciones coyunturales de los diversos actores que lo vivieron, en las cuales no estuvieron ausentes presiones de carácter global. Veamos las primeras, a grandes rasgos, para identificar luego las particularidades de esos 17 años de historia.

La Colombia de los años cincuenta era aún una sociedad rural con un atraso caracterizado por la consolidación terrateniente en detrimento de formas más modernas de propiedad y de relaciones laborales. Ello marcaba aún a los incipientes empresarios agrícolas y urbanos como se denunció continuamente en esos años. Formas despóticas de trato laboral y relaciones coactivas eran aún comunes en campos y ciudades. Culturalmente la sociedad tenía rasgos clericales que dominaban al país desde la Regeneración. En julio de 1959, por ejemplo, el arzobispo de Medellín dirigió una circular a los feligreses pidiéndoles desafiliarse de la Federación de Trabajadores de Antioquia (FEDETA), tachada de comunista, y que le brindaran apoyo a la Unión de Trabajadores de Antioquia (UTRAN), que contaba con la simpatía del clero.²² El tenor era el mismo de las proclamas antiliberales del siglo pasado o de los llamados anticomunistas de los años treinta.

²¹ *Documentos políticos*. No. 58, marzo-abril de 1966, pág. 84. La utopía de redención obrera fue transmitida aún en versos de discutible valor literario pero con fuerte carga política como el publicado por *Voz Proletaria*, el 21 de noviembre de 1963: “Colombia obrera será entonces: la aurora quemará un crepúsculo distinto/ para que el día no sea ya más el sufrimiento/ los hombres se amarán/ se salvarán humanamente/ y hablarán un mismo idioma/ ... Ah, qué bella patria aquella”.

²² *El Tiempo*, 13 de julio de 1959. Un año después el dirigente utecista Justiniano Espinosa hacía eco a esta proclama con estas palabras: “El pueblo antioqueño ... que se ha distinguido siempre por su acendrado cristianismo y que tantos apóstoles de Cristo ha dado para que en estas y otras tierras prediquen el evangelio; el pueblo antioqueño, que tan apegado vive a su tierra y a sus tradiciones, no puede, no debe de ninguna manera aceptar la infiltración del partido comunista” (Declaraciones a *El Tiempo*, 3 de septiembre de 1960, pág. 10).

Pero esas formas tradicionales de existencia social venían siendo socavadas desde decenios anteriores, transformación que se aceleró durante el Frente Nacional. Para el censo de 1964 buena parte del país se había convertido en urbano. El crecimiento de las ciudades fue, sin embargo caótico y sin tendencia policéntrica. La industria, otro factor clave de modernización, siguió creciendo para abarcar sectores de bienes intermedios e incluso alguna producción de maquinaria.²³ Pero ella era incapaz de absorber la creciente oferta de mano de obra, la que debió buscar actividades de baja calificación y estabilidad, como la construcción o la economía informal, para sobrevivir. El carácter especulativo de la economía no favorecía una mayor inversión productiva.

Sin embargo, los cambios tal vez fueron más dramáticos en los aspectos educativos y de la cultura. El sistema educativo presenció una impresionante ampliación sobre todo en primaria y nivel universitario.²⁴ Más mano de obra calificada acudió sin mucho éxito al mercado laboral. La mujer, por su parte, tuvo mayor acceso a la educación y a las actividades productivas, con lo que se alteraron aún más los tradicionales roles familiares. En el campo intelectual hubo mayor diversificación de los quehaceres científicos, surgieron las ciencias sociales y se recibieron con avidez otras lecturas críticas de la realidad, en particular el marxismo en sus diversas vertientes. La ampliación de los medios de comunicación, incluida la televisión, abrió nuestra provinciana sociedad a la globalización cultural. La iglesia perdió el control de los ciclos vitales de la sociedad y de las pautas de educación y cultura. En síntesis, se vivió un acelerado proceso de secularización que hacía eco a tendencias planetarias. Colombia no estuvo al margen del optimismo que se respiraba en el mundo con relación a los avances materiales del socialismo, a la caída de las dictaduras en América Latina y a la descolonización del mundo africano y asiático. Era un giro mundial hacia el imaginario de izquierda, alimentado en nuestro medio por el triunfo de la revolución cubana.

Estos nuevos vientos fueron recibidos con abierto rechazo por parte de las élites tradicionales que reforzaron los rasgos inerciales oligárquicos, si no señoriales, de nuestra sociedad. El Representante liberal a la Cámara, Alberto

²³ Salomón Kalmanovitz señala que mientras el Producto Interno Bruto (PIB) del conjunto de la economía creció por encima del 3.0% anual entre 1960 y 1970, la industria lo hizo por encima del 3.5% en promedio. El comportamiento de la agricultura, en cambio, fue inferior al 3.0% (*Economía y nación*. Bogotá: Siglo XXI, 1985, págs. 436-437).

²⁴ Según Ivon Lebot la población universitaria pasó de 20.000 en 1958 a 140.000 en 1974 (*Educación e ideología en Colombia*. Bogotá: Ed. La Carreta, 1985, pág. 72). La cifra puede ser un poco exagerada pero refleja un indudable aumento de la matrícula universitaria. El DANE habla de un cambio de 22.660 en 1960 a 67.486 en 1968 (*Colombia Estadística*. Bogotá: DANE, 1975, pág. 9.)

Galindo, luego de una visita al Valle del Cauca en septiembre de 1960, a raíz de la reciente agitación social, opinó así de los dueños de ingenios azucareros: “Hay allí todavía empresarios que guiados por ese concepto borbónico y feudal que es típico del capital-trabajo, por contraste con el concepto dinámico y democrático propio de la sociedad anónima, creen que pueden impedir la formación de sindicatos, o destruir los que ya están formados en sus empresas... (Esas actitudes) determinan el explosivo clima social que en el Valle se está respirando, y que, naturalmente tiene su recíproca (sic): en la medida en que los patronos persiguen a los trabajadores sindicalizados, los sindicatos van cayendo fatalmente bajo el control de los extremistas.”²⁵ A la creciente agitación social no siempre se le respondió con sesudos análisis como el de Galindo. La respuesta más común fue ignorarla o cuando más leerla en las claves del anticomunismo introyectado en nuestras élites dirigentes desde finales de la Segunda Guerra Mundial.

Si estas eran actitudes derivadas de tendencias estructurales entonces ¿cuál fue la particularidad del régimen de coalición en lo que hemos llamado el descuido social? Analicemos los principales argumentos esgrimidos en la época para llegar al meollo de la pregunta planteada. Continuamente se denunció una precaria inversión en componentes sociales del gasto público como educación, salud, trabajo, apoyo a la agricultura y vivienda. La denuncia se reforzaba al constatar que el único aspecto social incluido en el plebiscito del 57 fue el haber consagrado que el 10% del gasto público debía ir a la educación. Sin embargo al mirar las cifras de dicho gasto surge una lectura diferente. Para los años estudiados el promedio del gasto social fue de 28.62%, un poco superior al gasto en seguridad (justicia, fuerzas armadas y policía) que fue de 25.9%. Lo más significativo es que el gasto social aumentó a lo largo del Frente Nacional llegando a ser 47.2% en 1974.²⁶

Si tomamos por separado la educación se observa que estuvo en aumento constante hasta llegar a superar la meta fijada en el plebiscito pues en promedio representó el 13.63% del gasto público total. Según el DANE hubo incluso una evolución positiva en la relación entre gastos de inversión y los de funcionamiento en la educación: de un escaso 9.3% en 1960 los primeros pasaron a 23.2% en

²⁵ *El Tiempo*, 21 de septiembre de 1960, pág. 2.

²⁶ Ana María Bejarano y Renata Segura, “El fortalecimiento selectivo del Estado durante el Frente Nacional”, *Controversia* No. 169, noviembre de 1996, págs. 12-21. La tasa de participación en el PIB varió en proporción similar pues pasó de 1.10% en 1955-1959 a 5.43% para 1970-1974 (Cielo M. Numpaque y Ligia Rodríguez C., “Evolución y comportamiento del gasto público en Colombia, 1950-1994”, *Banca y Finanzas*, No. 41, julio-septiembre, 1996, pág. 39.

1971.²⁷ Los gastos estatales en cada estudiante de la Universidad Nacional también aumentaron, en precios constantes, entre 1961 y 1969, salvo un descenso en 1966.²⁸

Es claro entonces que el descuido social no se puede argumentar con base en las cifras del gasto público, cuya trayectoria, por demás, coincide a grandes rasgos con la tendencia de las protestas sociales ya analizada. Claro que aún cabe insistir que el problema fue un desfase entre las demandas de una creciente población y un gasto limitado, o que hubo malas inversiones o atención a sectores no propiamente necesitados, para no abundar en los rasgos de clientelismo e inmoralidad propios de nuestro sistema político. Incluso estadísticamente se puede argüir que fueron las protestas las que presionaron el aumento del gasto social, lo cual hablaría de un proceso exitoso de luchas populares así sólo fuera para que el Estado invirtiera con el fin de anticiparlas. Todos estos argumentos no sólo son de posible ocurrencia, sino que seguramente sucedieron, lo cual no oculta el significado de las estadísticas del gasto público que requieren una lectura más compleja. Definitivamente por este lado no llegamos al meollo de nuestra hipótesis sobre el descuido de lo social. Es necesario explorar otras vías de análisis.

Un segundo argumento podría ir en torno a la ausencia o precariedad de reformas sociales que dieran salida a las demandas de la población expresadas en las protestas. Los creadores del Frente Nacional creían que con atenuar los odios partidistas se abriría para el país una nueva etapa de armonía que permitiría no sólo el crecimiento económico, sino mayor bienestar social.²⁹

²⁷ *Colombia estadística*. ... pág. 10.

²⁸ Según el mismo DANE dichos gastos pasaron de \$3.402 en 1961 a \$5.625 en 1969 (Ibid. pág. 9). Los profesores argumentaban que el aporte del Estado a los gastos totales de la Universidad disminuyeron del 87% en 1960 a 78% en 1969 (*Flash*, 15-30 de abril de 1971, págs. 12-26). Una razón puede ser que la participación de la Universidad Nacional en el total de la matrícula universitaria disminuyó pues mientras ésta se triplicaba, la de aquella pasaba de 6.479 en 1960 a 12.530 en 1968, es decir sólo se duplicaba (*Colombia Estadística*, pág. 9).

²⁹ Así se desprende no sólo de las declaraciones de Benidorm y Sitges, sino de innumerables documentos a lo largo de los 16 años de coalición. Uno de esos, elaborado por 40 notables de los dos partidos para la candidatura de Carlos Lleras en 1964 dice textualmente: "Entendemos el Frente Nacional como un supremo y solidario esfuerzo de los colombianos para conseguir la paz entre los partidos; perfeccionar las instituciones democráticas; impulsar el desarrollo económico y forjar la estructura de una sociedad moderna, no dividida por las tremendas desigualdades que hoy la caracterizan" (citado por Humberto Rojas y Alvaro Camacho, *El Frente Nacional: Ideología y realidad*. Bogotá: Ed. Punta de Lanza, 1974, pág. 29).

De esa forma el pacto bipartidista se inició con un cierto compromiso reformista. En el balance sobre su primer año de gobierno, Alberto Lleras decía que había que responderle a las 'clases populares' pues ellas "... han sido las que más han aportado su cuota de resignación y sacrificio para que la nación volviera por los caminos del progreso."³⁰ En esa dirección el liberalismo, por intermedio de Adán Arriaga Andrade, presentó al parlamento un plan de acción legislativa que recogía muchas de las demandas sindicales tales como: prima móvil de acuerdo con el costo de vida, supresión de la cláusula de reserva que afectaba la estabilidad del empleo, fortalecimiento de los sindicatos de industria y gremiales, ampliación del fuero sindical, precisión sobre el concepto de 'servicio público' para no cercenar el derecho de huelga. Pero estos buenos propósitos o quedaron como meros ideales o demoraron en volverse realidad y no sin cortapisas. El derecho de huelga, por ejemplo, se recortó para muchos sectores públicos, así pertenecieran a la esfera del capital privado, y se debilitó por la creación de los tribunales de arbitramento y el alargamiento de los etapas previas.³¹ En todo caso parece que ese ímpetu reformista liberal de principios del Frente Nacional decreció con rapidez pues no se vuelven a encontrar planes de acción legislativa de similar tenor, salvo en 1968 en torno a la reforma constitucional y administrativa impulsada por Carlos Lleras.

De principios del régimen de coalición data también la reforma agraria, promulgada en 1961. Pero la presión terrateniente, bien representada en el Congreso, limitó el proyecto a expropiaciones de tierra en casos especiales y a costos elevados. En esa oportunidad, a juicio de Jonathan Hartlyn, los trabajadores y los campesinos tuvieron una incidencia marginal pues no fueron consultados aunque eran los supuestos destinatarios de la reforma.³² Cuando Carlos Lleras intentó dinamizarla de nuevo y creó la ANUC, se generó una actitud de rechazo en los mismos terratenientes que culminó en el Pacto de Chicoral durante el gobierno de Pastrana, que le puso un freno definitivo a la reforma de las estructuras agrarias. Por la misma vía se podría argumentar que las reformas laborales, administrativas, y educativas, tuvieron por lo común su contrarreforma que terminó anulándolas. Por ejemplo, la ley primera de 1963 que autorizaba aumentos salariales semestrales según el índice de inflación no alcanzó a ser aplicada siquiera una vez pues provocó la más amplia reacción

³⁰ *El Tiempo*, 11 de agosto de 1959, pág. 15.

³¹ Sobre la evolución de la legislación laboral en esos años véase Víctor M. Moncayo y Fernando Rojas, *Luchas obreras y política laboral en Colombia*. Bogotá: Ed. La Carreta, 1978.

³² *La Política del régimen de coalición*. Bogotá: Tercer Mundo y Ediciones Uniandes, 1993, págs. 149-155.

empresarial que cobijó a las camarillas directivas de la Unión de Trabajadores de Colombia (UTC) y de la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC). Algo similar se puede decir de la reforma universitaria impulsada por Luis Carlos Galán a principios de los setenta, desmontada después de escasos seis meses de vigencia.

Hay reformismo, pero limitado, además poco involucra a los actores sociales que va a beneficiar y generalmente concluye en contrarreformas que limitan los beneficios que se podrían obtener de dichas transformaciones. En esto el Frente Nacional continuó la tradicional perspectiva oligárquica ante el desarrollo. Ya lo advertía en 1956 la Misión Economía y Humanismo del padre Le Bret: “el problema colombiano primordial es un problema social... (pues las élites) consideran el desarrollo como el crecimiento indefinido de sus propios recursos.”³³ Por ello se puede afirmar que el régimen de coalición exhibió un reformismo frustrado. El descuido social del Frente Nacional, sin embargo, fue más allá.

Otro argumento que se ha esgrimido para entender el fenómeno que nos ocupa gira en torno a los rasgos autoritarios del régimen de coalición. De una parte se aduce la restricción en el juego político al impedir la participación de otros partidos distintos de los tradicionales. De otra parte se trae a colación el recurso permanente al Estado de Sitio y la represión a la protesta social. Ello ha producido una vasta literatura que estigmatiza al Frente Nacional como un régimen de democracia limitada cuando no de abierta dictadura civil. Pero, siguiendo a Daniel Pecaut, hay que matizar esta perspectiva pues no todos los rasgos autoritarios de nuestra democracia son responsabilidad del Frente Nacional. Además el régimen de coalición no sólo no impidió el funcionamiento de la sociedad civil, como lo muestra el número de protestas que en efecto se llevó a cabo y que contrasta con la precariedad del período anterior, sino que en sí encerraba una promesa democrática aunque en forma excluyente por lo cerrado del pacto bipartidista.³⁴

Hechas las matizaciones sobre el supuesto carácter autoritario del Frente Nacional, no podemos olvidar que de hecho hubo un manejo excesivo del Estado de Sitio y de los mecanismos de represión a los conflictos sociales. La

³³ *Estudio sobre las condiciones del desarrollo en Colombia*. Bogotá: AEDITA, 1958, pág. 369. En las conclusiones advierte el estudio que las élites deben aceptar cambios de lo contrario se entorpecería el desarrollo lo que podría “provocar estados sociológicos conflictivos que amanazarían con llevar a la anarquía a todo el país” (pág. 374).

³⁴ Daniel Pecaut, *Crónica de dos décadas de política colombiana, 1968-1988*. Bogotá: Siglo XXI, 1989, págs. 10-36.

mención de la masacre de trabajadores cementeros en Santa Bárbara en 1963 remite a la situación más extrema, pero no única a lo largo de esos 16 años.³⁵ La represión fue aplicada en forma diferente en las distintas coyunturas y para los diversos sectores, por lo que sería imposible hacer generalizaciones en estas páginas. Baste anotar que en el plano laboral fue más cruda en las zonas de economía extractiva minera, petrolera o agrícola como ocurrió en El Bagre y Segovia en Antioquia o en Barrancabermeja, y en los ingenios azucareros del Valle. El control a las luchas campesinas e indígenas también habla de un mayor desenfreno de las fuerzas del orden en las zonas alejadas de las ciudades, aunque ellas también presenciaron actos de extrema violencia estatal como ocurría con los desalojos a invasiones de lotes urbanos. Lo anterior contrasta con la creación de imaginarios antagónicos. Si nos atenemos a las razones invocadas por el régimen para imponer el Estado de Sitio se puede sugerir que fueron los conflictos urbanos, estudiantiles principalmente, los que más preocuparon a los sectores dominantes.³⁶ Habrá que concluir que no siempre coincidían la represión real y el imaginario de enemistad.

Otro es el problema que comienza a manifestarse con la irrupción guerrillera de mediados de los sesenta: la criminalización de la protesta social que no es otra cosa que acusar de guerrillero a cualquier líder u organización popular que se opusiera al régimen.³⁷ Indudablemente hubo excesos de las fuerzas del orden en el intento de contener el anunciado levantamiento armado, pero no se puede desconocer que la utilización de las organizaciones sociales por parte de las fuerzas insurgentes sirvió de disculpa para ese tipo de represión. De nuevo habrá que reconocer que la responsabilidad de este distanciamiento no es de un solo actor. El uso de la violencia para dirimir los conflictos es una práctica casi tan vieja en el país como nuestro sistema político, aunque se agudizó desde los años cuarenta. Lo novedoso del período estudiado es que se utilizó no sólo contra el adversario político sino contra el opositor social.

³⁵ La descripción y el análisis de los sucesos en el libro del Centro de Investigaciones Mariátegui, *La masacre de Santa Bárbara*. Medellín: Ed. La Pulga, 1977.

³⁶ Gustavo Gallón, *Quince años de Estado de Sitio en Colombia, 1958-1978*. Bogotá: Ed. América Latina, 1979, pág. 82.

³⁷ Uno de los tantos testimonios que leímos sirve para ilustrar lo dicho. El dirigente sindical santandereano, Juan Campos, explicaba así las razones de su detención: "Permanentemente he tenido una actividad como dirigente obrero y como tal he participado en las acciones de protesta y de oposición a la política anti-obrera del gobierno. Creo que éstas son las consideraciones que los altos mandos militares han tenido para tratar de vincularme al movimiento guerrillero, sin que para ello existiera prueba alguna" (*Voz Proletaria*, 16 de enero de 1969, pág. 7).

En cualquier caso no podría aducirse que la represión --herramienta de control político que aplican los diversos regímenes incluido el del Frente Nacional-- y la aplicación excesiva del Estado de Sitio, expliquen por sí solas la radicalización de los movimientos sociales que es una de las expresiones de lo que hemos llamado el descuido social durante esos años. Este, como hemos visto, no puede ser leído solamente como resultado de baja inversión social --que de hecho no fue tan baja aunque se puede dudar de su eficiencia--, o de la frustración reformista, o de los rasgos represivos de un régimen de democracia excluyente. Hay que dirigir la mirada al núcleo del problema que es la relación entre demandas sociales y sistema político.

3. El vacío de mediación

El argumento que queremos esgrimir consiste en señalar que la clave del ‘descuido social’ del Frente Nacional radica principalmente en el abandono de los partidos políticos de su función de intermediarios entre las demandas populares y el Estado. El resultado fue un sistema político autorreferido que dejó al garete a la incipiente sociedad civil con lo que ambas dimensiones, la política y la social, terminaron debilitadas. La responsabilidad es conjunta, de actores sociales y políticos, y no se puede atribuir a una perversión intrínseca de la acción política en aras de una supuesta pureza de la acción social. Veamos con más detalle este complejo proceso. Antes de seguir adelante es preciso diferenciar entre los partidos que estuvieron incluidos en el régimen de coalición (el liberalismo y el conservatismo) y los que estuvieron excluidos, los que a su vez se discriminan entre oposición institucional (como el MRL --Movimiento Revolucionario Liberal-- o la ANAPO --Alianza Nacional Popular) y extrainstitucional (la izquierda marxista en general), pues sus posibilidades de mediación serán diferentes dependiendo del papel que ocupen en el teatro del poder.

El liberalismo, que había realizado la histórica labor de incorporar al movimiento obrero y a sectores campesinos durante los años treinta y cuarenta, abandonó lentamente sus banderas sociales para conservatizarse a la par que transcurría el Frente Nacional. En 1959, el entonces ministro de trabajo, Otto Morales Benitez advirtió con claridad:

“...yo veo a los dos partidos políticos bastante despreocupados de la orientación sindical ... me parece que ni el liberalismo ni el conservatismo le han dado la importancia que tiene el movimiento sindical para tratar de orientarlo, de vigorizarlo, de crear líderes autóctonos que se orienten por consignas

auténticamente democráticas. De suerte que nuestra queja contra el comunismo debe ir acompañada de nuestro reproche por lo que hemos dejado de hacer cada uno de nosotros como miembros de las dos grandes colectividades históricas colombianas.”³⁸

Pero incluso en su inteligente lectura se filtraba el anticomunismo que obnubilaba a las élites. La intervención social entonces terminaba siendo una de las tantas tareas de la lucha continental contra el enemigo comunista. En aras de ello el liberalismo sacrificó la fortaleza organizativa de la CTC al dividirla en el congreso de Cartagena de 1960, o de la ANUC al sustraerle un sector a principios de los setenta.³⁹ Claro que el liberalismo no se ausentó del todo de las organizaciones populares, pero se acercó solo hacia las que controlaba férreamente con lo que dejaba de ser real mediador del mundo social, al menos como lo había sido durante la ‘revolución en marcha’ de López Pumarejo. Durante años se negó, por ejemplo, a conceder la personería jurídica a las confederaciones obreras diferentes: la CSTC y la CGT (Confederación General de Trabajadores). Cuando la FUN se opuso al gobierno de Carlos Lleras a éste no le tembló la mano para suprimirla en 1966.⁴⁰

Si en los principios del Frente Nacional, el liberalismo propició movilizaciones de masas en su apoyo, con el tiempo abandonó esa práctica, salvo en coyunturas electorales.⁴¹ Se fue limitando a usufructuar las ventajas institucionales que ofrecía el pacto bipartidista, pues pasara lo que pasara tenía garantizado la mitad de los escaños en el congreso y la presidencia alternada.

³⁸ *El Tiempo*, 28 de agosto de 1959, pág. 14.

³⁹ Con lo que sacrificó ideas progresistas caras al liberalismo como la reflejada en esta cita del mismo Alberto Lleras a raíz de los eventos de la huelga en Riopaila en 1959: “Hay movimientos reaccionarios, de los cuales participan no pocos patronos y empresarios, que quisieran señalar todo movimiento obrero y sindical como infiltrado, dirigido y sometido al comunismo internacional, reacción que pide que se desatienda a los trabajadores que mantienen reclamaciones lícitas y justas, sólo por esa razón. El gobierno no puede proceder de esa manera.” *El Tiempo*, 16 de agosto de 1959, pág. 15.

⁴⁰ De nuevo el anticomunismo fue el argumento esbozado para tan drástica respuesta. Lleras confesó que era “enemigo de la universidad que tratan de crear los comunistas”, citado por Fernán Torres, “Trayectoria histórica de la universidad”, *SETT* (2a época), No. 9, 1974, pág. 58.

⁴¹ Como ejemplos de estas iniciales movilizaciones podemos mencionar las realizadas en agosto de 1959 en el barrio 20 de Julio de Bogotá, presidida por Darío Echandía, y en el Parque Santander, con la asistencia del mismo Presidente Lleras. Al sepelio de Alfonso López en noviembre del mismo año asistieron por lo menos 400.000 personas. Al regreso de Lleras Camargo de su visita a los Estados Unidos en abril de 1960 se congregaron multitudes para vitorearlo en Barranquilla y Bogotá.

La revista *Semana* mostró pronto su desencanto con el Frente Nacional: “Esta Segunda República cada vez más se parece a la Primera ... De las ilusiones del 10 de mayo de 1957 son tan pocas las que subsisten ... (a pesar de que) contamos con uno de los mejores gobiernos y con un gran Presidente.”⁴²

Pero tal vez el abandono más dramático del liberalismo en esos años fue el de la universidad, en especial la pública. El Partido Liberal se retiró de las organizaciones estudiantiles y de las grandes manifestaciones atrincherándose en la defensa del ‘statu quo’. De esta forma dejó el espacio abierto para la penetración de discursos más radicales que interpretaban mejor el sentir estudiantil. En la universidad, por tanto, entraron en conflicto dos lenguajes, como lo señala un articulista de la revista *SETT*: “el de los estudiantes, subjetivamente a un paso de la revolución ..., decantado dentro de la respectiva posición ideológica y hermetizado a fuerza de clisés ... y el del gobierno (que era) un idioma de fuerza para hacerles frente.” La universidad, concluye el autor, “está en un callejón sin salida pues ni el marxismo justifica que ella sea vanguardia, ni el liberalismo justifica el uso de la violencia estatal para controlarla.”⁴³

Lo señalado sobre el alejamiento social practicado por el liberalismo puede extenderse al conservatismo. Como lo indicaba Morales Benítez, la responsabilidad de ese descuido era compartida, máxime durante un régimen de coalición bipartidista. El conservatismo también abandonó banderas sociales exhibidas, por ejemplo, durante el gobierno de Mariano Ospina Pérez. Aunque siguió acudiendo a un lenguaje social-cristiano, su práctica fue distante del mundo social. Centrado más en la repartición burocrática y en la defensa de los intereses de los poderosos, ignoró las demandas populares o atacó continuamente los pocos proyectos reformistas propiciados en esos años.⁴⁴ El conservatismo llevó al paroxismo su anticomunismo al sentar la doctrina, en boca de Alvaro Gómez, de la existencia de repúblicas independientes que debían ser sofocadas a sangre y fuego.⁴⁵

⁴² *Semana*, 19 de mayo de 1959, págs 9 y 14.

⁴³ Fernán Torres, “Trayectoria histórica de la universidad” (tres entregas), *SETT* (2a época), Nos. 8 a 10, 1974.

⁴⁴ Las objeciones a la reforma agraria y al funcionamiento del Incora bastarían para ilustrar esa postura. En cuanto a la milimetría burocrática podemos traer a colación un irrisorio episodio: en la temprana movilización estudiantil de 1958 contra el rector Mario Lasera, el laureanismo lo único que acató a decir fue que era un conservador ‘independiente’ y que violaba la paridad pues tenía 16 decanos liberales y sólo 6 conservadores (*Semana*, 25 de noviembre de 1958, págs. 15 y 16).

⁴⁵ A modo de ilustración véase el discurso de Gómez en el senado el 25 de octubre de 1961 citado por Arturo Alape, *La paz, la violencia: testigos de excepción*. Bogotá: Planeta, 1985, pág. 245.

La oposición institucional, por su parte, ejerció mayores funciones mediadoras pero limitadas por la exclusión a que estaba sometida. Con razón dice un historiógrafo del MRL que no fue el Frente Nacional el que contuvo la violencia sino la disidencia liberal la que “canalizó la violencia por cauces legales. Mientras el Frente Nacional taponaba esos cauces divorciando al bipartidismo de los sindicatos, de las universidades, de los sectores campesinos... el MRL contuvo durante años los cuadros que luego irían a la lucha armada.”⁴⁶ Se podría agregar que no sólo contuvo a esos cuadros sino que incluyó temporalmente a muchos actores violentos que encontraron en sus toldas los medios para expresarse.⁴⁷ Pero el MRL abandonó pronto esa labor mediadora pues terminó incorporándose al acuerdo bipartidista y con ello dejó sueltos a los sectores inconformes que agrupaba.

En el caso de la ANAPO su oposición fue más permanente lo que no significa que hubiera realizado una exitosa mediación. Es cierto que ella incorporó a sectores marginales urbanos y rurales pero en torno a un programa difuso del que poco se sacaba claro, más allá de una fidelidad a la figura de su caudillo, el general Gustavo Rojas Pinilla.⁴⁸ La ANAPO tuvo una precaria identidad política y sufrió, más bien, de mucho oportunismo de quienes se acercaron a ella en su auge, a principios de los setenta, y luego la abandonaron para retornar a las toldas bipartidistas. En realidad fueron pocas las reformas impulsadas por esta variante populista y menos sus proyecciones permanentes en las organizaciones sociales, por lo que podemos afirmar que se trató de una amplia movilización de sectores marginales pero no de su politización. En esas condiciones no fue mucha la real mediación política que pudo realizar.

Resta por mirar el otro extremo del espectro político: la oposición extrainstitucional.⁴⁹ En las organizaciones de izquierda hubo un amplio espectro que iba desde los defensores del foquismo hasta quienes propugnaban por la combinación de formas de lucha que incluía la participación electoral. Pero en su conjunto se impuso una lectura guerrillera de la acción política. Exagerando los rasgos autoritarios del Frente Nacional, y marcada por el imaginario de la revolución cubana, la izquierda compartió la hipótesis, con mayor o menor grado de consecuencia, de que estaba al orden del día el

⁴⁶ Mauricio Botero M., *El MRL*. Bogotá: Universidad Central, 1990, pág. 191.

⁴⁷ Tesis desarrollada por Gonzalo Sánchez y Donny Meertens con relación a muchos ‘bandoleros’ liberales, *Bandoleros, gamonales y campesinos*. Bogotá: Ancora, 1983.

⁴⁸ El discurso populista de la ANAPO ha sido cuidadosamente analizado por César Ayala en *Nacionalismo y populismo*. Bogotá: Universidad Nacional, 1995.

⁴⁹ Un análisis más detallado de su relación con las luchas sociales en el citado artículo “¿Utopía armada?...”

derrocamiento del régimen para de allí construir la nueva sociedad. Hacia esa tarea fundamental orientó sus esfuerzos y los de las organizaciones sociales que controlaba. Esta práctica de hegemonizarlas contribuyó a dividir las más y dificultó incluso la unidad de acción.⁵⁰ Estamos, por tanto, ante una práctica política que no mediaba ante el Estado porque ese no era su objetivo.

Sin embargo el balance de la presencia de la izquierda en los movimientos sociales de esos años no es del todo negativo. Ella apoyó la creación de organizaciones --sin el Partido Comunista difícilmente hubiera subsistido la CSTC por tantos años sin personería jurídica--, formó líderes sociales, orientó conflictos y articuló luchas de dimensiones nacionales. En algunas regiones o zonas urbanas, la izquierda interpretó el sentir de la gente y logró poner esas demandas en el espacio público, ejerciendo, contra sus principios ideológicos, una efectiva labor de mediación. Pero en general las organizaciones de izquierda opusieron a la exclusión desde arriba la propia autoexclusión y por decirlo así se retiraron del teatro de la política nacional conservando presencia en ámbitos muy locales.

Ante este evidente vacío de intermediación política, algunos dirigentes de organizaciones sociales intentaron, en vano, crear una salida propia. Sin embargo la polarización en bandos antagónicos --el bipartidismo de un lado y la oposición de izquierda de otro-- hacía difícil, si no imposible, la existencia de alternativas de centro que buscaran una nueva presencia pública. Los diferentes intentos tuvieron existencia efímera y se fueron 'alineando' en uno u otro bando. Así ocurrió con el Frente Unido de Acción Revolucionaria (FUAR) de principios de los sesenta y el Frente Unido de Camilo Torres, o el intento laborista de Tulio Cuevas en torno al Mospol de mediados de los sesenta. Este último ejemplo, aunque frustrado en términos electorales fue importante porque modificó la forma de actuar de la principal central sindical del momento, la UTC. Cuevas, una vez llegó a la dirección de dicha confederación rompió con el apoliticismo que la caracterizaba y planteó la necesidad de participar en política para tener "mayor injerencia en la organización total del Estado".⁵¹ Aunque Cuevas, y con él la UTC, osciló entre la propuesta laborista

⁵⁰ La revista *Alternativa* veía así las fallas de la izquierda en el mundo sindical: debilitó importantes núcleos organizativos, entró en rapiña por la dirección de los sindicatos y desarrolló tácticas 'guerrilleras' de desprecio de la lucha económica (No. 12, 22 de julio de 1974, págs. 18-19).

⁵¹ *Por una democracia social*. Bogotá: Ed. Revista Colombiana Ltda., 1970, pág. 29. Tulio Cuevas, como José Raquel Mercado --dirigente de la CTC por ese entonces--, habían simpatizado con el socialismo. El primero estuvo además cerca del general Rojas Pinilla, por lo cual estuvo 'castigado' un tiempo dentro de la central. Ese pasado y sus actitudes laboristas le merecieron la resistencia del sector tradicional de Antonio Díaz en la central. Véanse, por ejemplo, sus declaraciones a *El Tiempo* 25 de abril de 1966, pág. 11.

autónoma y el coqueteo con facciones del bipartidismo, puso de presente el vacío de mediación que vivían los diversos sectores sociales durante el Frente Nacional.⁵²

Esa distancia entre la sociedad civil y los partidos políticos, en especial los que estaban incrustados en el poder, fue denunciada desde muy temprano por Jorge Gaitán Durán en la *Revolución Invisible*:

“Las mediaciones políticas son los partidos y la prensa. Los partidos representan la posibilidad de que las ideas, las tesis, el resultado de denodadas investigaciones, se integren en la existencia de las masas urbanas y rurales y constituyan por tanto una fuerza; encuadran y estimulan la praxis... Pero el hecho de que puedan cumplir esta función, no significa que la cumplan fatalmente. Lo logran hacer cuando van en el sentido de la historia, cuando interrogan y responden a los cambios profundos de la estructura económica, cuando tienen la suficiente inteligencia política para comprender los encadenamientos del desarrollo nacional y determinar en consecuencia una línea de acción a largo plazo, cuando tienen cuadros capaces, en fin, cuando son partidos modernos y no vagas entidades sentimentales o agencias de puestos políticos.”⁵³

Precisamente eso último fue lo que hicieron los partidos tradicionales, que distaban de ser modernas estructuras políticas. Pero tampoco llenaron ese vacío de mediación los partidos de oposición institucional y extrainstitucional. La sociedad civil fue dejada abandonada a su suerte, sus organizaciones instrumentalizadas y divididas, sus cuadros cooptados para proyectos estratégicos de defensa del ‘statu quo’ o de revolución total.

Si ya contamos con elementos para entender el ‘descuido social’ vivido durante el régimen de coalición, aún nos resta escudriñar el porqué de la acelerada radicalización de las luchas sociales durante esos años para completar el cuadro sobre las enemistades construidas en esos años.

4. Irrupción de las ‘clases medias’

El panorama social del Frente Nacional muestra una novedad en comparación con periodos previos: la creciente presencia de clases o capas medias. Aunque en sentido marxista no son una clase con una definida posición

⁵² El cambio político de la UTC no fue bien recibido por la clase política como lo ilustra la condena del senador conservador José Mejía Mejía, quien adujo que con esas actitudes se violaba el Código Laboral! (*El Tiempo*, 13 de diciembre de 1963.

⁵³ *Obra literaria de Jorge Gaitán Durán*. Bogotá: Colcultura, 1975, pág. 343.

ante los medios de producción, generalmente se les identifica con los productores independientes y sobre todo con capas profesionales fruto de la movilidad social producida por la ampliación del sistema educativo.⁵⁴ Aunque su existencia en el país data de decenios anteriores, su crecimiento y sobre todo su aparición en el escenario público corresponde a los años estudiados. Robert Dix señala que las clases medias constituían un 15% de la población en los inicios del Frente Nacional.⁵⁵ Importa más que su número, difícil de precisar por la vaguedad de la categoría, sus características. Según el mismo Dix, intérprete de la sociología norteamericana de la época, nuestras capas medias manifestaban individualismo, apego a la familia y a lo jerárquico, léase tradicional, con un sentido fatalista. El autor insistía en que en el pasado habían estado al margen de la conducción del país y que para el futuro no se veían mejores perspectivas entre otras cosas porque les faltaba cohesión y conciencia para proyectarse unitariamente como fuerza social y política.⁵⁶ Lo anterior hay que balancearlo con las ansias de cambio que arrastra su novedosa irrupción. Otra característica que no señala el analista norteamericano es que por su misma heterogeneidad las capas medias no actúan bajo criterios estrictamente clasistas sino en beneficio de colectividades de amplia afiliación y tras demandas no siempre materiales.⁵⁷ En pocas palabras, aunque tienen un pie en lo tradicional, sueñan con cambios estructurales y son capaces de incorporar demandas más amplias que las propias.⁵⁸ Es esta última capacidad la que las acerca a los movimientos populares incluso hasta llevarlos a mimetizarse en ellos. Por eso su papel en la acción social y política es crucial para la estabilidad de un sistema.

⁵⁴ Wright Mills, *La élite del poder*. México: Fondo de Cultura Económica, 1973, págs. 244-246.

⁵⁵ *Colombia: The Political Dimensions of Change*. New Haven: Yale University Press, 1967, pág. 56. En términos de la PEA la proporción puede ser mayor: según el censo de 1951 al agrupar trabajadores independientes y empleados da casi un 45% mientras los obreros clásicos serían un 31.22%. Louis Joseph Lebret, *Estudio sobre las condiciones del desarrollo en Colombia*. Bogotá: AEDITA, 1958, pág. 35. Según el censo de 1964 la proporción de sectores medios habría aumentado a casi 52%, mientras los obreros como tales serían el 30% de la PEA. Medófilo Medina, "Cambios en la estructura del proletariado urbano", *Estudios Marxistas*, No. 6, 1974, pág. 21.

⁵⁶ *Colombia: The Political...*, pág. 59.

⁵⁷ Claus Offe, "New Social Movements: Challenging the Boundaries of Institutional Politics", *Social Research*, Vol. 52, No. 4, invierno de 1985, págs. 831-832.

⁵⁸ Hay que matizar la radicalización del movimiento estudiantil que tal vez fue más de su dirigencia. En una encuesta hecha a inicios de los años sesenta en la Universidad Nacional, la preferencia por líderes internacionales se inclinaba más por Kennedy que por Fidel Castro (Robert Dix, *Colombia: The Political...* págs. 342 y ss.). Ello tal vez es una manifestación más de la ambivalencia política de las clases medias.

El problema de la radicalización social del Frente Nacional entonces tuvo que ver con la creciente presencia de las capas medias que vieron cerrados los canales económicos, sociales y políticos de ascenso, lo que les generó frustración. Como ya se vió, la expansión del sistema educativo, especialmente universitario, permitió la capacitación de mano de obra que no tuvo salida inmediata en el mercado laboral o la compensación salarial esperada. Políticamente los nuevos liderazgos de las capas medias se tropezaron con el cerrado pacto bipartidista. Como eran los sectores medios los que más expectativas tenían ante cambios en las estructuras económicas y políticas, fueron muy sensibles a las exclusiones que sufrieron.⁵⁹ Dicha frustración hizo eco y alimentó a su vez el descontento de los sectores populares.

En muchas de las protestas observadas en esos años, las capas medias eran un contingente importante --estudiantes, movimientos cívicos y empresariales--, en otros se destacaron en su liderazgo --obreros y campesinos. En el caso laboral la presencia de empleados y funcionarios del Estado en el mundo sindical se expresó en su mayor protagonismo en los conflictos. El solo magisterio aportó una cuarta parte de las huelgas y más de la mitad de los huelguistas.⁶⁰ En el caso campesino la ANUC no sólo albergaba campesinos medios y ricos sino que por lo general sus líderes provenían de estratos medios, urbanos y rurales, con cierta educación formal. Esto para no mencionar a los innumerables estudiantes que influidos por la izquierda fueron a trabajar con el 'pueblo' y cuyos rostros estuvieron ocultos en las multitudes que se movilizaron. Gentes que se educan y no encuentran empleo adecuado o la remuneración esperada, y que además no hallan salida política a sus expectativas pues ni siquiera se pueden expresar autónomamente, deben recurrir a la protesta cuando no a formas más radiales de acción para hacerse sentir. La evolución de la oposición, en especial de la extrainstitucional, no es ajena a esta frustración de los sectores medios pues no por azar mucha de su militancia provenía de ellos.

Conclusión

Una mirada somera a los motivos que tuvieron los gobiernos bipartidistas de esos años para declarar el Estado de Sitio casi permanente describe la lenta

⁵⁹ Esta rebeldía tuvo expresión incluso en las artes y la literatura. Isaías Peña agrupó a una treintena de escritores colombianos nacidos en los años cuarenta y que publicaron sus primeros textos durante el Frente Nacional como al generación marcada por el bloqueo a Cuba y la persistencia del estado de sitio. *La generación del bloqueo y del estado de sitio*. Bogotá: Ediciones Punto Rojo, 1973.

⁶⁰ Alvaro Delgado, *¿Dónde está...*, págs. 79-89.

construcción de sus enemigos. Al principio fueron los intentos golpistas de Rojas alentados por facciones incluidas en el pacto político y luego el ‘bandolerismo’. A mediados de los años sesenta se invocaron conjuntamente la necesidad de implementar medidas económicas para salir de la crisis y la agitación obrera. En el segundo lustro de los sesentas y principios de los setentas en tres oportunidades las razones proclamadas fueron los movimientos estudiantiles y en una, la oleada de invasiones rurales propiciada por la ANUC.⁶¹ En síntesis, la historia de los enemigos del Frente Nacional pasó del faccionalismo bipartidista a los actores sociales, y en particular a las capas medias urbanas.⁶² Ellas eran, en efecto, las que más rápido se habían radicalizado. Revivió así el ‘sectarismo social’ del que hablaban los petroleros en 1959 o el fantasma de la ‘lucha de clases’ que denunciaba López Michelsen años luego.

Este panorama sugeriría la inminencia de una revolución que no tuvo lugar en nuestro país. ¿Cómo explicar entonces esta radicalidad sin revolución? La clave está en la debilidad de los actores propiciadores de ese cambio. Esta debilidad aunque tiene rasgos estructurales por el lento desarrollo de nuestra economía y la precaria modernización de la sociedad, responde más a las condiciones propias que se vivieron durante el Frente Nacional. El vacío de mediación política fue el factor definitivo pero no pueden desconocerse aspectos como una ineficiente inversión social, el precario reformismo y la agudización de los rasgos oligárquicos y autoritarios de nuestro sistema político. La autonomía de los actores sociales fue coartada por la manipulación de sus organizaciones, la división de ellas por motivos estratégicos --anticomunismo de un lado y pureza revolucionaria de otro-- y la cooptación de sus dirigentes.

En esas condiciones se manifestó otro rasgo casi estructural de nuestro sistema político: el recurso a la violencia para resolver los conflictos. No sólo los partidos acudieron al uso de la violencia --represiva o instrumentalizadora-- para tener éxito en su estrategia, sino que algunas organizaciones sociales llegaron a pensar que esa era la salida para adquirir fuerza. Las mismas capas medias en su desespero por lograr cambios estructurales chocaron con la rigidez del sistema económico y político. Por ello muchos de sus dirigentes aceptaron como solución la vía armada. El resultado neto fue una creciente enemistad, alimentada por el imaginario guerrero leído en las claves de la Guerra Fría, para la derecha, o de la Revolución Cubana, para la izquierda.

⁶¹ Véase Gustavo Gallón, *Quince años...*

⁶² En el ya citado ensayo, “¿Utopía armada?...” analizo el relativo descuido que el régimen de coalición mostró ante el fenómeno guerrillero, que por demás después de su aparición a mediados de los sesenta estuvo en reflujo hasta bien entrados los años setentas.

Mutuas recriminaciones de aplicar la violencia sobre el contrario alimentaron el juego de la guerra que es opuesto a la construcción de sociedad civil.

Esa enemistad no surgió de un día para otro, pero sí se profundizó con relativa rapidez. De ahí que, sin completar dos años, el primer gobierno del Frente Nacional hubiera soportado ya severas críticas y abundantes desencantos. Los mismos partidos tradicionales arriaron sus banderas reformistas y se limitaron a la repartición burocrática. Las exclusiones y autoexclusiones derivaron en una debilidad mutua de actores sociales y políticos en la que ambos perdieron, pues ni los unos pudieron elevar sus demandas particulares ante el Estado, ni los otros ejercieron esa mediación. La sociedad civil quedó abandonada a su suerte. Las esferas social y política se divorciaron y terminaron autorreferidas sin vasos comunicantes, con lo que ambas se debilitaron con graves consecuencias para el futuro del país. Esa es la triste moraleja de esta historia de enemistad, que como toda historia no era inevitable pero así sucedió.

* Ponencia al X Congreso de Historia, Medellín, agosto de 1997. El autor agradece la colaboración en la lectura de la prensa entre 1958 y 1974 a los estudiantes de Historia de la Universidad Nacional, sede Bogotá, Liliana Castro, Lida M. Núñez, Moisés Munive, Sandra Reyes y José Polo. A mis colegas del Proyecto Movimientos Sociales, Participación Política y Estado del Cinep les doy mi reconocimiento por sus luces. Agradezco también a Alvaro Delgado por sus bases de datos laborales y por los extractos de prensa que me brindó para entender mejor el período estudiado. Especial gratitud debo a Martha C. García por la elaboración de la base de datos de luchas sociales durante el Frente Nacional, de los cuadros y gráficos que ilustran esa base de datos y por las sugerencias de todo tipo para el perfeccionamiento de este escrito.